

III Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVIII Jornadas de Investigación Séptimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2011.

Depresión, cuerpo y síntoma.

Bertholet, Roberto.

Cita:

Bertholet, Roberto (2011). *Depresión, cuerpo y síntoma*. III Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVIII Jornadas de Investigación Séptimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-052/712>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eRwr/wYN>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

DEPRESIÓN, CUERPO Y SÍNTOMA

Bertholet, Roberto

Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Rosario. Argentina

RESUMEN

El trabajo presenta una perspectiva psicoanalítica para pensar las depresiones, desde las enseñanzas de Freud y Lacan, considerando como fundamental la noción de síntoma y su relación al cuerpo. Tres son los rasgos de toda depresión: a) despoblamiento simbólico b) disminución del brillo narcisista c) pérdida del goce fálico. Estos rasgos llevan a un desinterés por el mundo exterior y a una impotencia para actuar. Hay una pérdida de regulación del goce que es consecuencia del déficit de la significación fálica. El sujeto se ve empujado a un goce que pareciera no tener medida, que no parece poder frenarse por el deseo; que lo hace sufrir sin medida. Esto se articula al despoblamiento simbólico: la vida deja de tener sentido. Es el campo del Otro lo que está en causa en lo que Freud llama un desinvertimiento del mundo exterior. Así, la llamada depresión, la tristeza, no es un síntoma como formación del inconsciente, sino un modo de gozar. Tampoco permite un diagnóstico en la clínica psicoanalítica, en tanto la “depresión” puede darse en cualquiera de las tres estructuras: neurosis, perversión o psicosis.

Palabras clave

Depresión Síntoma Cuerpo Castración

ABSTRACT

DEPRESSION, BODY AND SYMPTOMS

The paper presents a psychoanalytic perspective to think about depression, from the teachings of Freud and Lacan, considering as fundamental the notion of symptom and its relationship to the body. Three traits of all depression: a) depopulation symbolic b) decrease the brightness narcissistic c) loss of phallic jouissance. These features lead to a disinterest in the outside world and an inability to act. There is a loss of regulation of the enjoyment is the result of lack of phallic signification. The subject is moved to a pleasure that seems to have no measure, which does not seem to slow down the desire, that makes him suffer immeasurably. This is articulated to depopulation symbolic life is meaningless. Another is the field of what is in question in what Freud called a desinvertimiento the outside world. So-called depression, sadness, it is a symptom and formation of the unconscious, but a way to enjoy. Nor does it allow a diagnosis in clinical psychoanalysis, as “depression” can occur in any of the three structures: neurosis, perversion or psychosis.

Key words

Depression Symptoms Body Castration

¿Cómo pensar a las depresiones desde las enseñanzas de Sigmund Freud y Jacques Lacan?

La etimología latina de depresión: *premere*, que significa “apretar, oprimir”; y *deprimere*, “empujar hacia abajo”, nos indican ya cuál es el afecto que siente el sujeto deprimido. La depresión es un conjunto de afectos del sujeto: tristeza, inhibición, abatimiento, desgano, crisis de llanto, angustia, frustración, aislamiento, dolor, desesperanza, decepción, desamor.

El psicoanálisis toma al afecto por la palabra, lo invita a pasar al dicho, a que el sujeto pueda meterse en el enunciado y hacer aparecer su enunciación, escuchando la dimensión de la palabra plena. Así el psicoanálisis no invita a pasar a la mostración ni a la actuación; tampoco es sólo una mera confesión de lo que la persona ya sabe o cree saber. Apunta a la verdad. El psicoanálisis interroga a la verdad como saber (inconsciente), no sólo como afecto vivido, yendo en contra del prejuicio psicológico tan frecuente: que el afecto y el pensamiento serían exteriores el uno al otro. Y espera que el sujeto produzca no sólo afectos, sino los significantes que regulan su relación a la verdad inconsciente. El trayecto de un análisis va desde los afectos, desde el sufrimiento, a la queja y al síntoma analítico. Los afectos están subordinados, desde este enfoque, a la verdad, ya que no son en sí la verdad ni la última palabra.

El inconsciente se experimenta en la vida cotidiana por sus efectos, uno de ellos son los afectos -en lo que nos interesa, el afecto depresivo-, pero se articula como verdad por su lógica. Tal como sostenía Lacan en R.S.I.: “Lo que yo enseño es que el inconsciente está condicionado por el lenguaje, y eso sitúa los afectos”. En esta perspectiva, los afectos debieran ser ubicados en relación al inconsciente y a lo pulsional, como también en relación al deseo, al amor y al goce, en tanto son las dimensiones subjetivas que permiten tomar a los afectos por su causa.

Son dos los signos por los que se hace evidente la depresión, combinados o de a uno por vez: la tristeza y la inhibición; tanto uno como otro, consecuencia de una inhibición “simbólica”, ya que falta significación, es un momento donde está dañado el sentido de la vida.

Es necesario ir a “Inhibición, síntoma y angustia” (1925), ya que Freud plantea allí a la inhibición -frecuente signo de los estados depresivos- como una “renuncia” a cierta función, porque a raíz de su ejercicio se desarrollaría angustia. Renuncia que lleva a una “limitación funcional del yo”. Tal “limitación funcional del yo” tiene diferentes razones, siempre en la intención de evitar la emergencia de angustia. Y a continuación, Freud alienta esta expectativa: “A partir de aquí ha de abrirse un camino

que nos lleve a comprender la inhibición general que es característica de los estados depresivos”.

Se abriría así una vía para pensar la depresión en las neurosis, a partir de la inhibición y su relación con la angustia, con el deseo, con el mandato superyoico, los ideales y el narcisismo.

Respecto del superyó, el goce retorna en la depresión, después del sacrificio de goce impuesto por el superyó y aceptado por el yo. Esto quiere decir que por más renuncias que el yo esté dispuesto a hacer para evitar la angustia, el superyó -en su vertiente más cruel ligada a la pulsión de muerte- se ensaña mortificando al sujeto, cualquiera sea la experiencia que viva, haciéndose presente tanto bajo el modo del autorreproche, de una profunda y dolorosa frustración, como también de una repetición pulsional que se lee en los sucesivos fracasos en la vida de un paciente.

En el tercer capítulo de “Inhibición, síntoma y angustia”, Freud considera que no hay que concebir al yo y a la pulsión como opuestos, ya que el yo mismo es una parte del ello. En la renuncia del yo hay satisfacción, en cuanto en el displacer hay satisfacción de la instancia superyoica. Esto se entiende en tanto distingamos Superyó de Ideal del yo, atribuyéndole a este último la función pacificadora y de índole significativa propia de las identificaciones edípicas y culturales, que vienen a orientar a la pulsión de modo adecuado para el lazo social. En cambio, el superyó indica, desde “El yo y el ello”, “cultivo puro de la pulsión de muerte”, una “ley insensata” al decir de Lacan, que empuja a un goce más allá del principio del placer. La función reguladora del deseo es propia del Ideal y no del superyó, el que termina siendo ubicado por Lacan en el nudo mortal del narcisismo y de la pulsión de muerte; de allí que señale en el Seminario XX “Aun”, que el superyó aparece en el mandato “Goza!!”, una concepción muy alejada de identificar al superyó con la prohibición. Es el mandato superyoico que encontramos en esta época de la postmodernidad, donde hay una promoción enloquecedora del derecho al goce y una mostración sin ninguna vergüenza del goce privado que se exhibe públicamente. Es una época que en tanto empuja superyoicamente al goce pulsional, en la misma medida empuja a la depresión. No dejemos de tomar en cuenta que Jacques Lacan, en “El saber del psicoanalista”, curso de 1971, caracteriza a la época actual como dominada por el discurso capitalista, que tiene por consecuencia lógica de su funcionamiento el rechazo de la castración y por lo tanto de todo lo relativo al amor.

Tres son los rasgos de toda depresión:

- a) despoblamiento simbólico
- b) disminución del brillo narcisista
- c) pérdida del goce fálico

Estos rasgos llevan a un desinterés por el mundo exterior y a una impotencia para actuar. Hay una pérdida de regulación del goce que es consecuencia del déficit de la significación fálica.

El proceso depresivo se inicia por el encuentro con algo que el sujeto vive como traumático, frente a lo que no responde ni con el síntoma ni con el fantasma. Aparecen, entonces, la tristeza y la inhibición. Tanto una como otra señalan claramente un proceso de vaciamiento simbólico, de despoblamiento del sentido de la vida.

Si lo traumático fue el encuentro con el deseo del Otro o una realidad inesperada, se produce en todo ser humano una desestabilización de los significantes del Otro que organizan el sentido de la vida para cada ser humano; significantes del Otro organizados inconscientemente bajo el modo del Ideal.

En la neurosis, la depresión interesa al registro imaginario y al goce fálico, que es el goce regulado por el Nombre del Padre, goce que incluye la castración. La depresión afecta, entonces, a lo imaginario y a ese goce medido; por lo cual el sujeto se ve empujado a un goce que pareciera no tener medida, que no parece poder frenarse por el deseo; que lo hace sufrir sin medida. Esto se articula al despoblamiento simbólico: la vida deja de tener sentido. Es el campo del Otro lo que está en causa en lo que Freud llama un desinvertimiento del mundo exterior.

Un elemento importante a tomar en cuenta en toda depresión neurótica: la vacilación del fantasma en el punto en el que está afectado el brillo fálico y los significantes del Ideal. El fantasma es la respuesta inconsciente que el sujeto inventó para tramitar la angustia que le provoca el deseo del Otro -en tanto el Otro está, tanto como el sujeto mismo, afectado por el deseo y la castración-. La respuesta fantasmática, entonces, es un recurso con el que el sujeto cuenta para dar sentido a toda experiencia vivida.

Hay situaciones que resultan traumáticas: pérdidas, frustraciones, decepciones, fracasos o incluso, éxitos que conmocionan el sentido que hasta ese momento estaba estabilizado por el fantasma inconsciente. Esto provoca la irrupción de angustia, en tanto retorna la castración de modo insoportable. Frente a ella, aparecen las respuestas singulares de cada sujeto: síntomas, duelo, inhibiciones, temores, depresión, que son diferentes maneras de tratar la castración.

La tesis de Freud es que, partiendo de la pérdida constitutiva del objeto, el tratamiento dialéctico de la falta se realiza con la mediación de la significación fálica, resultando así una estructuración del deseo. La castración articula las relaciones del yo a los objetos, que se dialectizan por la función del Nombre del Padre.

La histeria es el inconsciente en ejercicio, nos dice Lacan, que interpela al Amo para hacerle producir un saber. El sujeto histérico es el agente activo del deseo que, en el mismo movimiento, se sustrae como objeto del deseo del Otro, para hacer aparecer la falta. Así, el deseo insatisfecho es la clave de su estrategia y de su identificación. Sostener esa falta es tan importante para el sujeto histérico que sacrifica el objeto. Consideramos, entonces, que la tristeza histérica, sentida como

un vacío, expresada en el “no sé nada”, “no sé qué me pasa ni qué quiero”, es correlativa a su puesta en escena de la impotencia del significante para alcanzar al ser. Tristeza que es consecuencia del abandono de su posición activa y de la caída en la inercia ante lo que siente como impotencia del Otro para proporcionarle algún saber que alcance a decir su ser de objeto. En otras ocasiones, la tristeza del sujeto histérico muestra su fracaso en la estrategia que implementó ante el deseo del Otro, cuando en vez de provocar el interés del Otro, su deseo, se encuentra con lo imprevisto, con un deseo que no la toma por objeto.

Por su parte, lo que el obsesivo presenta es su intento permanente por engañar a la castración, que toma la forma de la pregunta por la muerte. Es su yo triste el que nos muestra el fracaso de su estrategia, cuando no hace más que esperar su muerte. La tristeza obsesiva es el semblante de la muerte, desde donde intenta responder a la pregunta por la existencia; tristeza que siempre vela un profundo odio, que se expresa habitualmente dirigido contra el propio yo, pero en verdad de lo que se trata es de su posición hostil en relación con el Otro.

Lacan, en “Televisión” ubica a esta cuestión: “Se califica a la tristeza de depresión, cuando se le da el alma por soporte o la tensión psicológica del filósofo Pierre Janet. Pero no es un estado del alma, es simplemente una falla moral, como se expresaba Dante, incluso Spinoza: un pecado, lo que quiere decir una cobardía moral, que no cae en última instancia más que del pensamiento, o sea del deber de bien decir o de reconocerse en el inconsciente, en la estructura”.

Lacan sostiene que es una traición del sujeto a sí mismo, por no reconocerse en el inconsciente, cuando de neurosis se trata. Tristeza explicada por Lacan, entonces, en relación al no-querer-saber propio de la neurosis -depresión, decía Freud-. Lacan ha insistido sobre el aspecto ético de la tristeza: la depresión no sería síntoma; es el efecto de una traición del sujeto a sí mismo, en tanto no quiere saber de lo que lo determina sujetado al inconsciente.

La tristeza, una falla moral, un pecado. Lacan hace comparecer a Dante, a Spinoza, a la tradición religiosa y filosófica; allí busca referencias sólidas y esclarecimientos a la cuestión de la tristeza. Ya vimos antes algo de esa tradición, en la que se destaca la dimensión del sujeto y, desde el ángulo religioso, su responsabilidad. Con la enseñanza de Lacan, la tristeza pone en evidencia las consecuencias de una seria dificultad en la elaboración simbólica de un sujeto, un goce que empuja desde un más allá del inconsciente, más allá de lo que la doctrina religiosa inventa como Dios (uno de los nombres del inconsciente), más allá del principio del placer. En tal sentido, la llamada depresión, la tristeza, no es un síntoma como formación del inconsciente, sí un modo de gozar. Tampoco permite un diagnóstico en la clínica psicoanalítica, en tanto la “depresión” puede darse en cualquiera de las tres estructuras: neurosis, perversión

o psicosis.

A la tristeza, Lacan le opone el saber, el alegre saber. Por un lado: “no reconocerse en la estructura” provoca tristeza, evidencia del no-querer-saber de las determinaciones inconsciente y las elecciones de goce, de las repeticiones significantes y pulsionales que organizan la vida de un sujeto. Por otro, como lo expresa en “Televisión”: “lo opuesto de la tristeza, el alegre saber, es una virtud. Una virtud no absuelve a nadie del pecado. La virtud: no se trata de comprender, de mordisquear en el sentido, sino de rasurarlo lo más que se pueda, lo que implica que el alegre saber no produzca al final más que la caída, el retorno al pecado”.

El malestar en la cultura, evidentemente, se expresa en la “depresión” moderna, depresión a la que la ciencia biológica y sus aplicaciones médicas y comerciales resaltan como fenómeno central del que ocuparse, sin incluir la dimensión del inconsciente y la sexualidad.

Hace casi 40 años, en 1967, en un discurso ante colegas suyos psiquiatras, titulado “Pequeño discurso a los Psiquiatras”, Lacan decía: “la psiquiatría está entrando en la Medicina General sobre la base de que la medicina general entra totalmente en el dinamismo farmacéutico; evidentemente, se producen allí cosas nuevas que atemperan, interfieren, modifican, pero no se sabe para nada lo que se modifica, ni tampoco adónde irán estas modificaciones, ni el sentido que tienen, ya que se trata de sentido”.

Contrariamente a los criterios diagnósticos del D.S.M. IV, las enseñanzas de Freud y de Lacan no consienten ubicar a la depresión como un “trastorno del estado de ánimo”, ni como un “episodio afectivo”, sino que vuelven a incluir al sujeto del inconsciente, al significante, y a la sexualidad, al goce, al objeto, como las dos dimensiones a tomar en cuenta en toda depresión neurótica. Entonces, en las neurosis se podrían tomar estos planos que se articulan pero que conviene distinguir: el plano del significante y el plano del goce. O dicho de otro modo: el plano del Otro y el plano del objeto a y del goce superyoico.

Es imprescindible el diagnóstico de estructura, en tanto las depresiones vienen a cumplir una muy diferente función en las neurosis y en las psicosis. En la psicosis, la depresión puede ser prodrómica respecto de un próximo desencadenamiento, o por lo contrario, ser una suplencia necesaria para evitarlo, lo que lleva al analista a no apresurarse a sacar a ningún psicótico de la depresión, hasta no asegurarse de poder alojarlo en otro modo de suplencia eficaz.

El psicoanalista subordina el diagnóstico de depresión al diagnóstico preciso de estructura para que el tratamiento, tomando en cuenta los fenómenos depresivos, esté orientado por la singularidad de cada paciente y de su modo de tratar la falta, que da por consecuencia modos neuróticos, perversos o psicóticos de situarse en la vida.

En cuanto al tratamiento del sufrimiento depresivo, al

analista le cabe ofrecer al sujeto un semblante, una manera de dirigirse a él, que le facilite construir un Otro de la demanda, un Otro al que demandarle saber qué le pasa, de qué sufre. Esto en principio se logra a través de una escucha atenta y precisa, de tal modo que se intervenga para que el sujeto vaya rectificando sus relaciones con la realidad, no en vías a alguna adaptación sino en vías a que el lugar de la causa del malestar pase del exterior, del mundo, al sujeto, permitiéndole convertir en pregunta lo que antes estaba tapado por una falsa respuesta. El analista es quien dirige la cura a fin de pasar de la depresión, de la tristeza y de la inhibición como modos de gozar de la pérdida, a un estado distinto, que tomará la forma de síntoma, de recuerdos, de angustia también, pero no sólo para seguir gozando y sufriendo, sino para comprender la posición frente a lo real, la posición frente al Otro, la posición de mortificación en la que se encuentra.

Es un compromiso del analista el de no mostrarse indiferente, sabiendo que la orientación de la cura tiende a la implicación del sujeto en su mensaje, implicación no en el enunciado sino en la enunciación y que se verifica esa implicación en la transferencia.

Eric Laurent sostiene: "La experiencia de un análisis no debe conducirnos a vivirnos como máquinas sino a descubrir en eso un relámpago, que hay otro modo de goce que la tristeza. Habitar el mundo, vivir, es poder vivir con la experiencia de la pérdida, habitar un mundo tal que él pueda incluir este dolor allí. No deshacerse u olvidarlo sino verdaderamente habitar el lenguaje. Proponernos no solamente un significante nuevo sino una relación nueva al significante en tanto que él introduce un nuevo afecto, una ganancia de saber con el afecto de entusiasmo que eso produce. Y Lacan no retrocede al hablar de un afecto nuevo; es el alegre saber que propone el psicoanálisis. Que el sujeto pueda tener otra relación a la causalidad. Descubrir la tela, la materia de la cual está hecho, es lo que puede permitir al sujeto inventar una nueva aplicación de la regla de goce de la cual procede."

El psicoanálisis de orientación lacaniana lee a toda "depresión" en función de las razones de la causalidad psíquica -y no en función de los neurotransmisores sinápticos o los genes de la ciencia contemporánea-, ofreciendo la posibilidad, sin duda valiosa para el sujeto que pueda implicarse, de que se genere un nuevo espacio subjetivo para el malestar, reduciendo el goce y la paradójica satisfacción que conlleva toda depresión, a medida que se genera un nuevo lazo social que el psicoanálisis llama transferencia, que le permita al sujeto en cuestión recuperar su vida, a condición de que el analista ofrezca un deseo que no sea neutral.

BIBLIOGRAFÍA

- Bauman, Zigmunt; "La globalización, consecuencias humanas"
- Cottet, Serge; "La depresión", en "Cómo se analiza hoy", Editorial Manantial, 1989.
- Freud, Sigmund; "Introducción al narcisismo"; tomo XIV; Amorrortu Editores, 1985.
- Freud, Sigmund, "Más allá del principio del placer"; tomo XVIII; Amorrortu Editores, 1990.
- Freud, Sigmund; "Psicología de las masas y análisis del yo", tomo XVIII, Amorrortu Editores, 1990.
- Freud, Sigmund; "El malestar en la cultura", tomo XXI, Amorrortu Editores, 1990.
- Hampshire, Stuart; "Spinoza", Editorial Alianza, 1996.
- Lacan, Jacques; "La ciencia y la verdad, en Escritos 2, Editorial Siglo XXI, 1985.
- Lacan, Jacques; Seminario "Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis", Editorial Paidós, 1991.
- Lacan, Jacques; Seminario "De un Otro al otro", Editorial Paidós, 2008.
- Lacan, Jacques; Seminario "El reverso del psicoanálisis", Editorial Paidós, 1992.
- Lacan, Jacques; Seminario "El saber del analista", charlas en Sainte-Anne, en 1971-1972, inédito.
- Lacan, Jacques; Seminario "Aún"; Editorial Paidós.
- Lacan, Jacques; "Radiofonía y Televisión", Editorial Anagrama, 1993.
- Laurent, Eric; "Hacia un afecto nuevo", en "Freudiana", Editorial EEP, 1997
- Miller, Jacques-Alain; "El Otro que no existe y los Comité de Etica"; Editorial Paidós; 2000.
- Miller, Jacques-Alain; "Piezas sueltas", Curso dictado en París, 2003; inédito.
- Miller, Jacques-Alain; "Una fantasía"; Revista Lacaniana 1; 2002.
- Spinoza, "Etica", Editorial Porrúa, 1990.